8998

JUAN PINTÓ Y JESÚS LUENGO

EL PRIMER FRUTO

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa, original

Copyright, by J. Pintó y J. Luengo, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

EL PRIMER FRUTO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PRIMER FRUTO

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JUAN PINTÓ Y JESÚS LUENGO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE NOVEDADES de Barcelona, la noche del 29 de Octubre de 1912, por la compañía de Ricardo Calvo

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1912

A Lolita Velázquez,

mujer gentilísima y eminente actriz, á la que debemos el estreno de esta obrita.

Sus admiradores y devotísimos amigos,

Juan Pintó.

Jesús Luengo.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CELIA.....	SRA.	MUÑOZ, Carmen.
JUANA.....	SRTA.	PINO, Rosario.
EDUARDO.....	SR.	GUTIÉRREZ, Manuel.
DON ANICETO.....		VELÁZQUEZ, Lorenzo.
MIGUELITO.....		MOBA, Enrique.
MELQUIADES.....		GIMBERNATTO, Antonio.

La acción en un pueblo de una provincia castellana
Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Comedor modesto. Al foro una puerta que da al jardín. Otras en las laterales. Muebles propios de casa de campo, entre ellos una ó dos mecedoras. Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

CELIA y JUANA. Esta última con marcado tipo de criada de pueblo

Celia (Mirando lo que trae en el cesto Juana. Lo que van examinando lo sacan de él y lo colocan sobre la mesa.) Pero muchacha. ¿Qué traes aquí?

Juana El hígado.

Celia En buen sitio lo has puesto, mezclado con las patatas y sin papel; ya puedes envolverlo. ¿Y dónde tienes los riñones?

Juana (Inocentemente.) ¡Pero qué preguntas me hace la señorita!...

Celia Vamos, di.

Juana Pues dónde quié usted que los tenga, donde tóo el mundo, aquí atrás. (Indicando con las manos el sitio.)

Celia Si digo los de cerdo que te encargué, mujer.

Juana Ah, los de cerdo.

Celia Sí.

Juana Pues...

Celia ¿Qué?

Juana Pues... mire usted... señorita, apuesto á que me s'han olvidao.

673626

Celia (Remedándola.) Apuesto á que me s'han olvidao. (Indignada.) Todos los días se te ha de olvidar algo.

Juana Y qué le voy á hacer, señorita, si desde que tengo novio he perdío la cabeza.

Celia Memoria no tendrás pero lo que es lengua...

Juana (Dandole un paquete.) Ahí va.

Celia ¿Qué es eso?

Juana La lengua.

Celia Ah, sí. (Mirando en la cesta.) ¿Y eso, qué es?

Juana Pues dos ajos que me echó el de la tienda, pero no me los cobró. ¿Sabe usté? (Vuelve á meter todo en la cesta.)

Celia Qué generoso.

Juana Es muy buen chico. Nació pared por medio conmigo. De pequeños andábamos siempre juntos y eso que él era muy malo. Como iba mucho á Madrid, sabía muchas picardías... ¡Me tié hechas más cosas!...

Celia Muchas, ¿eh?

Juana Muchismas.

Celia Pues ahora tú debes imitarle.

Juana ¿Y cómo?

Celia Haciendo también muchas cosas, pero allá en la cocina... La primera lavar el hígado.

Juana Bueno, señorita. (Coge la cesta y se va.)

ESCENA II

CELIA

(Se sienta en una mecedora, cara al público.) Pues señor, aquí tienen ustedes á una criatura apurada. Figúrense que el boticario de este pueblo está chalaíto por mí. Así, sin modestia, chalaíto y á mí, aunque no me disgusta como proporción, me satisface poco como físico. ¡Es tan poquita cosa! Además no tiene mundo ninguno. Fuera de sus peroles, sus morteros y su belladona, no ha visto el pobre más que la capital de la provincia. En cambio el otro, el que conocí el año pasado en el tren sí que era guapo y distinguido. ¡Eduardo se llamaba! ¡Eduardo!... Hay nombres que suenan como una

música divina... Poco pudimos hablar, ¡y sin embargo me impresionó tanto aquel hombre!... No, y yo á él no le parecí costal de paja. Vaya si le gusté. Estas cosas las conocemos las mujeres en seguida. (Levantándose, y yendo hacia la puerta del jardín.) ¡Y pensar que quizá no le volveré á ver más!... (Mirando hacia su izquierda.) Ya viene mi boticario... Y con su cestito de higos como de costumbre. Segura estoy de que su familia no los prueba. Toda la cosecha de este año se ha propuesto que me la coma yo.

ESCENA III

CELIA y MIGUELITO

Mig. (Con timidez.) ¿Se puede?

Celia Sí, pase usted. ¿Pero otra cesta de higos?

Mig. Sí, Celita, sí, pero estos son más dulces que los de ayer. Están más maduros. Yo mismo los he cogido.

Celia (Cogiendo la cestita y poniéndola sobre la mesa.) Vaya, pues .. muchas gracias, Miguelito.

Mig. No está su papá, ¿verdad?

Celia No.

Mig. Me alegro.

Celia ¿Tanto le teme usted?

Mig. Es que delante de él no puedo decirla muchas cosas que quiero que sepa...

Celia Sí, que me quiere usted. Eso ya me lo ha dicho muchas veces.

Mig. Y que no puedo vivir sin su cariño.

Celia También me lo dijo.

Mig. Y que ayer por poco enveneno al alcalde.

Celia ¡Qué atrocidad! Eso no me lo había dicho.

Mig. Pues sí, por poco le enveneno, por estar pensando en las batuecas, es decir, en usted.

Celia No es lo mismo. ¿Y cómo fué?

Mig. Pues que en vez de despacharle antipirina, le dí estricnina, como las dos cosas terminan en ina...

Celia ¡Qué horror!

Mig. Pero conocí á tiempo la equivocación, corrí á su casa y pude evitar su muerte.

Celia Menos mal.

Mig. ¡Celia, por Dios! sáqueme usted de este infierno. Mire usted que peligra mi vida, no, y la de todos los vecinos porque estoy viendo que el día menos pensado mato hasta al ecónomo.

Celia Tenga calma. Todo llegará. Le conozco aún poco para decidirme.

Mig. ¡Por qué vino usted á este pueblo! Antes todo era tranquilidad en mi espíritu. Despachaba los medicamentos con regularidad. Hacía unas píldoras tan redonditas que daba gusto verlas. Ahora en cambio no hay paciente por paciente que sea que las trague. Dicen los enfermos que parecen balas de mausser, y se resisten á tomarlas.

Celia Paciencia, Miguelito, paciencia.

Mig. En cambio, si usted me llega á querer, si al fin se casa conmigo, no va á haber mejores cataplasmas, ni píldoras más redondas, ni aceite de ricino más puro que los que despache Miguelito García, servidor de usted.

Celia Ya sabe que papá se opone á que tenga novio por ahora.

Mig. (Con tristeza.) Sí, ya lo sé. Es un corazón duro. Ablándele usted...

Celia ¿Qué le ablande?

Mig. Hablándole usted, quizá consiga...

Celia Ah, ya. En fin, le hablaré. Vuelva usted luego y ya veremos...

Mig. Sí, volveré, ya lo creo que volveré. Adiós, Celia. Y no olvide que mi vida y la de todos estos inocentes y honrados vecinos, está en sus manos.

Celia Adiós, Miguelito. Y no haga usted tonterías como esa del alcalde, ¿eh?

Mig. Lo procuraré. (Vase por el jardín.)

ESCENA IV

CELIA y en seguida DON ANICETO

Celia ¡Pobre muchacho! Cómo está por mí. Y á mí me da pena porque se me figura que no le voy á llegar á querer...

Anic. (Entra del jardín con un melón en la mano y un quitasol debajo del brazo.) ¡Hola, niña!

Celia ¡Ah!... ¡Jesús, papá, me has asustado!

Anic. Conque te he asustado, ¿eh?.. Pues tranquilízate, porque no estarás más nerviosa que yo. Me he calzado primero el pie izquierdo y he pisado ya tres rayas en cruz. ¡Mal día voy á pasar hoy! (Se acerca á la mesa y deja el melón y el quitasol. Reparando en la cesta de los higos.) ¡Hola! ¡hola! Higuitos tenemos, ¿eh? La remesa ciento tres de ese badulaque. (Empieza á comer higos con gran fruición.) Bueno, pues esto se va á acabar en seguida.

Celia Comiendo de ese modo ya lo creo.

Anic. Ya verá dónde le envío con sus regalos.

Celia El pobre lo hace con buena intención.

Anic. Pues yo la tengo muy mala, y si sigue así le voy á poner más blando que... este higo. (Se lo come.) ¡No faltaba más!... Querer sobornarme con regalitos. Créeme, este procedimiento no me gusta.

Celia ¡Pobre muchacho!

Anic. Y tan pobre, como que no tiene una peseta.

Celia El no tiene la culpa.

Anic. (Incomodado.) Ni yo tampoco. El no conoce que esto es muy duro para un padre amantísimo. Sí señor, muy duro. (Tira un higo que tenía en la mano.) Y que yo no puedo tragar estas cosas. (Tira otro higo.) No, lo que él se dirá. A este lo ablando yo... (Aprieta un higo entre los dedos.) Pues se equivoca de medio á medio, porque á este. . (Accionando con el higo en la mano) á este... (Dándose golpes en el pecho.) no lo ablanda nadie. (Tira el higo.) En fin, hija, que á mí me hacen mucho daño estas cosas.

Celia Pues no comas más, papá. (Le quita la cesta.)

Anic. No me refería á los higos, ¿sabes?

Celia ¡Ah!

Anic. (Saca una carta del bolsillo.) He tenido carta de mi hermano.

Celia ¿Y qué dice el bueno del tío?

Anic. Muchas cosas agradables. Verás. (Lee.) «Todos buenos»... Aquí es. «No me olvido que el día 15 cumple años mi querida sobrina Celia y como quiero demostrarle una vez

más lo mucho que la quiero, la envío un regalo que espero ha de ser de su gusto»...

Celia Ay, qué gusto. Sigue, sigue.

Anic. (Aparte.) Ahora verás lo bueno. (Leyendo.) «Por este correo te envío una alhaja que no tiene precio.»

Celia ¡Una alhaja! ¡qué espléndido!

Anic. (Leyendo.) «Un excelente muchacho que hará su felicidad como marido».

Celia ¡Un marido!... ¡Vaya un chasco!

Anic. (Leyendo.) «Es mi socio en la fábrica de azúcar de remolacha «La Ambrosía Asturiana» y el encargado de montar en ese pueblo una sucursal de la que tú serás administrador». (Dejando de leer.) ¡Qué buen hermano!... Sabe nuestros apurillos y nos manda un marido rico, que en estos tiempos es como si me mandase una mitra, y el cargo de administrador de esa sucursal que va á montar aquí. Una bicoca, chica, una bicoca. Mira, desde mañana suprime el bacalao porque le he tomado *tirria*, ¿sabes? Pero... ¿qué haces con esa cara de mema?

Celia ¡Mira, papá, que mandarme un marido por correo!... ¿Vendrá certificado?

Anic. No te chirigotees con la suerte que se nos entra por las puertas.

Celia Pero papá... ¿y si no me gusta?

Anic. Un hombre que trafica en azúcar tiene que gustar siempre.

Celia ¿Y qué hago con el otro?

Anic. ¿El de los higos?

Celia Sí.

Anic. Pues decirle que suspenda las remesas por ahora. Y mira, por si el otro llega á tiempo de almorzar, dile á Juana que haga algún extraordinario. Un flan, por ejemplo.

Celia Buena estoy yo para flanes. De seguro que será un tipo, un patán...

Anic. Sin chistar, niña. (Se acerca á la mesa y coge el melón.) Ah, voy á poner este melón sobre un poco de paja, hasta que se lo envíe á tu tío, que justo es, disfrute de las primicias de nuestro huerto. Oye, dile á Juana que avise al sordo, ya sabes, al carpintero, para que venga á tomar las medidas de la caja en

que he de enviar á Gijón esta alhaja. Es el primer fruto de nuestro huerto. (Vase primera izquierda.)

Celia Bueno, papá.

ESCENA V

CELIA y en seguida JUANA

Celia ¿Habrá mujer más desventurada que yo?... Vamos, que mi señor tiíto ha tenido una ocurrencia bien peregrina. (Reflexionando.) ¡Mandarme un marido!... Nada, así como quien manda un cesto de fruta. ¡Y yo lo he de tragar!... Pues no señor, no lo tragaré si no me gusta, que no me gustará de seguro... ¡Valiente tipo será el tal asturianito! De fijo que hasta gastará zapatos claveteados de esos que al pisar las piedras sueltan chispas. ¡Dios mío! ¿Cómo será?

Juana Me dijo el señor que me tenía usted que mandar no sé qué cosas.

Celia Ah, sí.

Juana Pues usted dirá.

Celia Mira, lo primero, que avises al carpintero, á ese que es más sordo que un cepillo, para que venga á tomar unas medidas para hacer una caja. Lo segundo, que prepares todo lo necesario para hacer un flan...

Juana *¿Ná* mas?

Celia Ah, y lo tercero, que te laves bien ese pescuezo y esa cara, que parece que has reñido con el agua y el jabón.

Juana Pero señorita, si me he *lavao* esta mañana, pero como una está así tan tomá del sol, no se pone una blanca aunque se lave más que los gatos.

Celia Pues restriégate bien á ver si te aclaras un poco.

Juana Lo haré, señorita, lo haré, aunque se me agriete *la* cutis. Que también á una le gusta parecer bien, y estar compuesta y tener maneras, sobre todo ahora que tengo un novio la mar de fino.

Celia ¡Un novio fino!...

Juana El barbero. ¿Ha visto usted *ná* más fino que un barbero?

Celia Bueno, haz lo que te mandé y sobre todo no olvides el flan, que hay un convidado.

Juana ¿Que hay un convidado?...

Celia Sí, mujer, sí, un caballero que me envía mi tío y con el que quiere que me case. ¡Estoy desesperada!

Juana *¿Desesperá* porque le mandan un marido?.. Pues otras bailarían de gusto. Así que no está difícil eso del casorio.

Celia Bueno, bueno, no dejes de cumplir mis encargos. (Vase segunda izquierda.)

Juana Descuide usted, señorita.

ESCENA VI

JUANA y en seguida EDUARDO

Juana ¡Pobrecilla!... ¡Qué apurá está!... En fin, vamos en *cá* el sordo á decirle eso de la caja. (Cuando va á salir entra Eduardo, vestido completamente de negro y con tipo triste y sentimental.) ¡Un señor!... ¿Por quién pregunta usted?

Eduar. (Se lleva la mano al corazón.) ¡Ah!

Juana (Aparte.) ¡Demonio! ¿vendrá *herío?*

Eduar. (Pausadamente, como si fuese víctima de una grave dolencia, va hasta la mecedora y se deja caer en ella.) ¡Ah!

Juana ¡Virgen *santisma*, este hombre se muere!... ¿está usted malo?

Eduar. ¡Ah!...

Juana (Aparte.) Y van tres. (A Eduardo.) ¿Que si está usted malo?

Eduar. ¡Estoy muerto! (Con voz apagada.)

Juana ¿Muerto? (Aparte.) Le daré aire, que pué que sea de la calor. (Le abanica con su delantal.)

Eduar. (Aparte.) ¡Uf, que olor á ajos!

Juana ¿Se le va pasando?

Eduar. ¡Estoy muerto!

Juana Muerto no está usted, pero sí que parece que le falta poco. (Aparte.) Debe ser el convidao. Pues sí que está pa flanes. (A Eduardo.) ¿Qué tal? (Gritándole como si fuese sordo.)

Eduar. (Aterrado por el chillido da un salto y Juana se asusta. Aparte.) ¡Qué manera de gritar!

Juana ¿Qué tal?... ¿Que qué tal?

Eduar. ¡Soy un cadáver!

Juana (Aparte.) Y dale. Ya me va asustando á mí este señor. ¿Estará loco? (A Eduardo.) ¿Me quié usted decir cómo se llama pa avisar al amo?

Eduar. Campo Santo.

Juana (Aparte.) Lo que yo decía, está loco. Pues anda y que le abanique su agüela. (A Eduardo.) Voy á avisar al amo. (Aparte.) ¡Qué miedo! (Se va volviendo mucho la cabeza, temerosa de que Eduardo la siga.)

ESCENA VII

EDUARDO

(Observa atentamente la salida de Juana, y cuando desaparece se pone súbitamente en pie y pasa del tono lúgubre que había empleado hasta entonces al suyo, jovial y animado.) Pues señor, perfectamente, sucedió todo como esperaba. Soy un actorazo, no cabe duda. La muchacha va asustada de veras y pondrá en alarma toda la casa. (Breve pausa.) Pero, vamos á ver. ¿Qué necesidad tenía yo de hacer esta comedia, si no hubiera sido por el deseo de don Toribio de que me case con su sobrina? Yo no puedo contrariarle de ninguna manera. De él depende que me nombren Director de la fábrica con treinta mil reales de sueldo, y claro está que por semejante cantidad cualquiera hace un sacrificio en estos tiempos; pero yo, que soy poco aficionado á matrimoniar así, por... sorpresa, he tomado mis medidas para hacer que cumplo y no cumplir. En efecto, he averiguado que la niña es guapita; ¡bah! algúna señorita de pueblo llena de remilgos y pretensiones, y que el papá es así como... como una especie de espanta pájaros lleno de supersticiones y simplezas, que se horroriza si se derrama la sal, que se desmaya si oye aullar á un perro y que se muere de pánico si le hablan de muertos y apariciones.

Con estos antecedentes forjé mi plan. Para ello hasta me favorecen mis dos apellidos, Campo Santo, porque seguro estoy de que este hombre no querrá tener en su casa un cementerio. Con esto y hacerle creer que padezco del corazón y estoy amagado de una muerte próxima y repentina, y que además soy una especie de *jettatore*, que á donde quiera que voy llevo *la negra* conmigo, bastará para que me rechace como yerno y me vea yo libre de este matrimonio que repugna á mi conciencia y á mis gustos. Parece que se acerca alguien. Sigamos la comedia. (Vuelve á sentarse en la mecedora con el aire lúgubre de al principio.)

ESCENA VIII

EDUARDO, JUANA y ANICETO

Juana Ahí lo *tié usté*. Y por las trazas ya la entregó.

Anic. ¡Caracoles!... Pues podía haberse ido á morir á otra parte.

Eduar. ¡Ah!

Anic. No, todavía no se ha muerto.

Juana Tenga *usté cuidao* que me parece que no está en sus cabales.

Anic. ¿Sabes que me estás poniendo más nervioso que un perro chino con tus augurios? Anda, vete á cumplir los encargos y déjame en paz.

Juana Voy, señor, voy. (Vase al jardín.)

ESCENA IX

EDUARDO y DON ANICETO

Anic. (Aparte.) No cabe duda. Este debe ser el enviado de mi hermano. Pues sí que me manda una alhaja. (Se va acercando á Eduardo con cautela.)

Eduar. ¡Ah! (Don Aniceto se asusta.)

Anic. (Aparte.) Al parecer ya no le llega á tiempo

ni la Extrema Unción. ¡Demonio! Las piernas se me doblan. En fin, valor. (Se acerca á él con gran temor.) Caballero... caballero.

Eduar. ¿Eh?... ¡ah! (Da media vuelta y se queda mirando á don Aniceto.)

Anic. ¿Está usted mejor?... ¿Quiere que avisemos al médico?... En confianza... ¿eh?

Eduar. Sí, mejor. Ya se me va pasando el ataque.

Anic. Lo celebro. Pues cuando usted pueda me dirá quién es y á lo que viene...

Eduar. (Saca con mucha ceremonia una tarjeta del bolsillo y se la da.) Esa tarjeta se lo explicará á usted.

Anic. (Lee la tarjeta.) Sí, de mi hermano. «Tengo el gusto de presentarte á mi buen amigo y socio don Eduardo Campo Santo.» (Aparte.) Vaya unos apellidos, ¡qué horror! (Leyendo.) «Del que hice referencia en mi última carta.» (A Eduardo.) Caramba, pues tanto gusto en conocer á usted.

Eduar. Muchas gracias.

Anic. (Toma una silla y se sienta á su lado.) Conque, ¿está usted mejor?

Eduar. Sí, ya estoy casi bien.

Anic. ¿Y de qué padece usted?

Eduar. Del corazón. Soy un cardíaco crónico y me dan estos ataques casi á diario. Según los médicos me quedaré en uno de ellos en plazo no lejano.

Anic. Conque se quedará usted, ¿eh? (Aparte.) No, pues aquí no se queda.

Eduar. ¡Soy un desgraciado!

Anic. ¿Por quién va usted de luto?

Eduar. Por mi alegría, que ha muerto ha largos años.

Anic. (Aparte.) ¡Esto no es un hombre, es un sarcófago! ¡Qué cosa más lúgubre!

Eduar. Yo quiero vaciarle á usted mi pecho.

Anic. ¿Y... está muy lleno?

Eduar. Rebosando de penas.

Anic. Pues vacíele usted. (Aparte.) ¡Qué le voy á hacer!

Eduar. Yo he nacido con el sino de la desgracia, caballero. Arbol á que me arrimo, árbol que se seca. Persona á quien hablo, persona que se muere. Casa en que entro, casa que se derrumba.

Anic. (Mirando el techo como temiendo un próximo desplome.) ¡Demonio! ¡Demonio! (Aparte.) Yo estoy más muerto que vivo.

Eduar. ¡Soy un infortunado! El único amor de mi vida fué una preciosa muchacha de Grijota, á la que pensaba hacer mi mujer, pero nada, el sino, á los dos meses de estar en relaciones con ella...

Anic. ¡Pum! reventó.

Eduar. No, señor, peor; se escapó con un primo suyo, veterinario de Cabezón.

Anic. (Fijándose en el alfiler de corbata que lleva Eduardo.) Pero... ¿qué lleva usted en la corbata?

Eduar. Una calavera. Es un alfiler muy mono y de un mérito enorme. Está hecho de la tibia de un ajusticiado célebre.

Anic. De la tibia, ¿eh? (Aparte.) Tú sí que me estás poniendo tibio.

Eduar. (Levantándose.) Con su permiso, me voy á retirar á escribir unas cartas acusando mi llegada.

Anic. No, señor, de ninguna manera. (Aparte.) Apuraré el cáliz en honor de mi hermano. (A Eduardo.) En esa habitación (Por la primera derecha.) puede usted escribir lo que guste y luego almorzará con nosotros.

Eduar. Lo acepto, don Aniceto. Pues con su permiso...

Anic. Sí, señor, sí. Siento no poderle ofrecer á usted papel negro ni sobres negros, la tinta sí, la tinta es negra.

Eduar. No se apure usted, yo llevo siempre conmigo papel de luto. No puedo escribir en otro.

Anic. (Aparte.) ¡Vaya un tío fúnebre!

Eduar. Pues hasta luego.

Anic. Adiós... ¡Verdugo!

ESCENA X

DON ANICETO, JUANA y MELQUIADES

Anic. Si sigue dos minutos más, el cardíaco soy yo y no él. ¡Señores, qué funeraria! ¡Tengo el corazón angustiado! En menudo aprieto me

ha puesto mi hermanito mandándome este hombre. ¡Casarlo con mi hija! De ninguna manera, ¡pobre Celia!... Un hombre que lleva la desgracia donde va. (Recordando sus palabras é imitándole.) «Arbol á que me arrimo, árbol que se seca. Persona á quien hablo, persona que se muere. Casa en que entro, casa que se derrumba...» Estoy por mandar que aseguren ésta por si acaso..; Voy á ver qué hace. (Se acerca á la primera derecha y mira por el ojo de la cerradura.)

Juana (Entrando con don Melquiades.) Ahí tié usté al señor. (Aparte.) ¿Dónde estará el moribundo? (Vase segunda izquierda.)

ESCENA XI

DON ANICETO y MELQUIADES

Melq. (Aparte.) ¡Qué historia será esta que me dijo la muchacha de un muerto que hay aquí y una caja que tengo que hacer!... ¡Lástima que no sea para encerrar de un golpe á toa la burguesía! (Se rasca la barba.)

Anic. (Sin enterarse de la presencia de Melquiades.) Escribe... ¡Dios mío, se le derramó la tinta!

Melq. (Acercándose á él y poniéndole una mano en el hombro.) Aquí estoy.

Anic. (Volviéndose asustado.) ¿Quién es?

Melq. Muy buenas; don Aniceto.

Anic. (Aparte.) ¡Maldita sea tu estampa!

Melq. Vengo á tomar la medida pa hacer esa caja.

Anic. Ah, es verdad, la caja para el melón. Ya se me había olvidado.

Melq. (Poniéndose una mano en la oreja derecha para oir mejor.) ¿Eh?

Anic. ¡Que buenoo!... (Gritando.) ¡Que buenoo!... (Aparte.) Está como un adoquín el pobrecillo.

Melq. Usté me dirá cómo la quiere, si de lujo ó de las corrientes.

Anic. Qué lujos ni qué narices. Cuatro tablas de pino viejo y nada más.

Melq. Bueno. Eso allá usted, pero si va muy lejos...

Anic. (Gritando siempre.) A Gijón. ¿Y qué?

Melq. Toma, pues que llegará en mal estado.

Anic. Por mí que lo tiren á la basura. Yo cumplo con enviarlo.

Melq. (Aparte.) ¡Qué barbaridad! Estos son los sentimientos de los burgueses con sus semejantes. (A don Aniceto.) Pero al fin... ¿no es cosa de familia?

Anic. Como si no lo fuese. Y se lo envío á un hermano, porque tenía hecha la intención, que si no, preferiría que se pudriese en cualquier rincón.

Melq. ¡Hombre! ¡Hombre! No me parece bien siendo cosa de su señor hermano.

Anic. Lo que deseo es que lo despache usted pronto. (Movimiento de extrañeza en Melquiades.) ¿Cuándo estará la caja?

Melq. Según el tamaño. (Con misterio.) Y diga usted, ¿dónde está?

Anic. (Señalando á la primera izquierda.) Ahí lo he puesto. En un rincón sobre paja.

Melq. ¿Sobre paja?... (Aparte.) Por algo digo yo en los *mitins* que todos son iguales y hasta que no llegue la hora de la nivelación...

Anic. ¿En qué está usted pensando?

Melq. En el bárbaro egoísmo que tien ustedes las clases conservadoras...

Anic. Oiga usted, oiga usted...

Melq. ... y en que cuando llegan estos casos en que, como dijo mi ilustre tocayo y correligionario don Melquiades, la moral conservadora solo gira entre dos polos, corrupción y egoísmo...

Anic. ¡Pero, hombre!

Melq. (Cada vez más exaltado.) Las clases proletarias tenemos que oponer el dique de nuestras ideas sanas...

Anic. ¡Quiere usted callar!

Melq. ... y de nuestras ideas redentoras.

Anic. Oiga usted, redentor, ¿tiene la amabilidad de venir conmigo á tomar esas medidas?

Melq. Sí, señor; tomaré mis medidas, pero no sin antes protestar de la desconsideración que *argulle* el querer embalar á...

Anic. Venga usted, hombre, venga usted. (Le coge por un brazo y le va arrastrando hacia la primera izquierda.)

Melq. (Aparte.) ¡Todos iguales!... Vamos á ver á ese pobre que tienen sobre la paja, como si fuese fruta verde.

Anic. Vamos. (Entran los dos.)

ESCENA XII

EDUARDO y luego CELIA

Eduar. Ya despaché la correspondencia. Me han dejado solo. Se conoce que huyen de mí.

Celia (Sale segunda izquierda y al ver á Eduardo da un grito.) ¡El del tren!...

Eduar. ¡Ella!...

Celia ¡Qué sorpresa!

Eduar. ¡Qué feliz casualidad! ¿Me recuerda usted, señorita?

Celia Ya lo creo, soy muy buena fisonomista. Usted es mi compañero de viaje de unas horas.

Eduar. Y muy cortas por mi desgracia.

Celia ¿Por su desgracia?

Eduar. Sí, señorita, por mi desgracia. He pensado mucho en usted.

Celia (Con coquetería.) No comprendo...

Eduar. Es muy fácil. Verá usted. Yo había salido de Madrid llevando en mi departamento como compañeros de viaje á una señora vieja que viajaba con un gatito, éste metido en una jaula; á un cura completamente rural, y á un señor gordo que sudaba más que un botijo. Y ahora verá usted lo bueno. El cura se pasó toda la noche rezando en alta voz, sin duda para que no descarrilásemos. El señor gordo roncando con tal fuerza, que me hizo temer que se rasgase de arriba á abajo. El gatito mayando y la señora dándole para que se callase una sardina fresca cada cuarto de hora. Excuso decirle á usted cómo olería el departamento. Parecía que estábamos en un puerto de mar.

Celia (Riéndose.) Tiene gracia.

Eduar. ¡Qué noche pasé! Aquello era un infierno

peor que el que concibió el Dante. Al amanecer, me dejaron solo. Fué un verdadero amanecer á la felicidad. Poco después, entraba el sol del nuevo día por las ventanillas de la derecha y usted, otro sol, por la portezuela de la izquierda, con aquella señora tan simpática que la acompañaba.

Celia Una buena amiga que me llevaba á los baños.

Eduar. Empezamos á hablar y su charla animada y alegre y sus risas cristalinas y retozonas me hicieron olvidar bien pronto á aquellos antipáticos compañeros que me amargaron la primera parte del viaje. ¿Irá á Gijón? me pregunté yo, y ante esa idea se alegró mi alma, porque yo iba á Gijón. Así es que cuando usted me dijo: «Voy á la Coruña», maldije mi suerte, que solo me permitía ir á su lado hasta León, donde forzosamente habíamos de separarnos y tomar distinto rumbo.

Celia Así es la vida. Compañeros de unas horas y luego cada uno por su lado.

Eduar. Afortunadamente la he vuelto á encontrar.

Celia Pero oiga usted, amiguito, que aquí estamos charla que te charla y aún no sé á qué se debe el verle en esta casa.

Eduar. Es verdad. Pues se debe á que yo traigo una comisión á este pueblo, por encargo de don Toribio Martínez...

Celia (Con extrañeza.) Mi tío.

Eduar. (Idem.) ¡Su tío! Luego usted, señorita, ¿es la hija de don Aniceto, con el que tuve el gusto de hablar hace un rato?

Celia Eso es. Caramba y yo que creía que usted era otro.

Eduar. Toma, y yo que usted era otra.

Celia Pues ahí ve, somos los mismos.

Eduar. ¡Y yo que me pasé dos noches inventando esta comedia!

Celia ¿Qué comedia?

Eduar. Verá usted. Como guardaba muy fielmente su recuerdo de unas horas y su tío se empeñaba en que me había de casar con usted, yo, que no sabía que usted era usted, y me repugnaba la idea de unirme para siem-

pre con una persona á quien no conocía, inventé el modo de hacerme antipático, mejor aún, repulsivo á su papá de usted, y conociendo sus temores supersticiosos, me presenté á él de esta guisa funeraria y le fingí una enfermedad cardíaca que le ha llenado de sobresalto al pobre señor.

Celia ¡Pobre papá!

Eduar. Seguro estoy de que á estas horas ya encontró la fórmula para despedirme discretamente. (Acercándose á Celia.) Pero usted puede decir á su padre que no me rechace, que me permita quererla y hacer la felicidad de toda nuestra vida.

Celia Pero... (Van hacia la puerta del jardín hablando en voz baja.)

ESCENA XIII

CELIA, EDUARDO, DON ANICETO y MELQUIADES

Salen Melquiades y don Aniceto por la primera izquierda, sin ver á Celia y Eduardo

Anic. (A Melquiades.) Pues hijo, no sé dónde lo han puesto. Ahora preguntaré á mi hija. (Viendo á Celia.) ¡Pobre hija mía!... ¡Con ese hombre! «Persona á quien hablo, persona que se muere». Corro á separarlos.

Melq. (Aparte.) Si habrá resucitado el difunto y se largó.

Anic. Celia, hija, ven acá, pronto.

Celia ¿Qué tienes, papá? Estás nervioso.

Anic. Sepárate de ese señor.

Eduar. Vaya, don Aniceto, no quiero hacerle sufrir más. Sepa usted que yo estuve representando aquí una comedia para evitar mi matrimonio con una persona á quien creía no conocer. Y ni tengo esa mala sombra que usted se figura, ni tengo tal enfermedad al corazón, ni soy un desgraciado, sobre todo si consigo que su hija me quiera como yo la quiero.

Anic. Entonces, aquello de... «Arbol á que me arrimo, árbol que se seca, casa en que entro, casa que se derrumba...»

Eduar. Mentira, todo es una farsa.

Celia Sí, papá, mentira. Eduardo es aquel viajero misterioso de quien tanto te he hablado.

Anic. ¡Ay, qué peso se me quita de encima! Me tenía usted acobardado.

Melq. (A don Aniceto.) Pero oiga usted, don Aniceto, ¿aparece el difunto ó no?

Anic. (Gritándole.) ¿Qué difunto?

Celia ¡Un difunto!... ¿Pero qué dice ese hombre?

Melq. El que me dijo la Juana que estaba aquí, esperando á que le hiciesen la caja.

Anic. ¡Qué animal!... Pero si la caja era para un melón. Celia, ¿dónde habéis puesto el melón?

Celia Le mandé á Juana que lo pusiese en la cueva. Allí está más fresco.

Melq. Pues ella me habló de un muerto...

Eduar. Se explica perfectamente. La muchacha fué mi primer víctima. Le hice creer que estaba agonizando é impresionada sin duda, al hablar con este hombre no supo lo que se dijo ó él que es sordo lo entendió al revés.

Celia Eso sería.

Anic. (A Melquiades gritándole.) Pues vaya usted á la cocina y dígale á esa bruta, que le dé el melón y le hace usted la caja. ¿Lo ha entendido ahora?...

Melq. Bien, pero no me chille usted, que yo no tengo la culpa de esé lío.

Anic. (Aparte.) Toma, pues si no te chillo no me oyes, morral. (Alto.) Vaya usted, vaya usted.

Melq. (Aparte.) La voy á dar un capón, *pa* que otra vez dé bien los *recaos*. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XIV

DICHOS menos MELQUIADES y al final MIGUELITO

Anic. (Jovialmente.) Caray, los trastornos que causó usted en dos horas que lleva aquí.

Eduar. Tiene usted razón y le pido mil perdones, prometiéndole hacerle olvidar estos malos ratos, con mi conducta y mi cariño hacia ustedes.

Anic. De manera que... ¿qué le decimos á mi hermano?

Eduar. Por mi parte, que estoy dispuesto á llevar adelante su proyecto, casándome con Celia. Ahora, usted y Celia dirán...

Celia (Algo cortada.) Pues yo... digo lo mismo.

Anic. ¿De modo que tú le quieres?

Celia Sí, papá.

Eduar. (Cogiéndole las manos á Celia.) Gracias, Celia, no puede usted imaginarse lo feliz que soy en este momento. (Aparece por el jardín Miguelito con su cestita de higos y al ver á Celia con otro hombre, se queda petrificado en el quicio de la puerta.)

Celia También yo, Eduardo.

Eduar. Llamémosnos de tú. Y dime que me quieres mucho, anda. Quiero oirlo de tus labios bonitos.

Celia Sí, te quiero, te quiero mucho.

(Al oir esta apasionada afirmación, Miguelito deja caer al suelo la cesta, y los higos en libertad se desparraman por todas partes. Al oir el ruido, se vuelven todos hacia el sitio donde se encuentra Miguelito, que hasta ahora no ha sido visto por nadie.)

Anic. ¡Demonio! Ya está aquí otra vez el niño de los higos.

Celia (Aparte.) ¡Pobrecillo!

Mig. No se apure usted, don Aniceto, que ya no volveré más. (Incomodado.) Pero se me podía haber desengañado cuando traje la primera cesta de higos.

Anic. Pues, hijo, tenga usted paciencia.

Mig. Paciencia ¿eh? El que caiga por mi farmacia hoy, se ha caído. Voy á envenenar á medio pueblo. (Vase murmurando.)

ESCENA FINAL

CELIA, EDUARDO y DON ANICETO

Eduar. Te quería, ¿eh?

Celia Sí.

Eduar. Entonces le compadezco. Debe ser horrible el quererte y no ser correspondido por tí.

Anic. Vaya, mientras no está el almuerzo, les invito á tomar una botellita de cerveza fresca como la nieve.

Eduar. Con mucho gusto.

Celia Sí, pero antes... (Indica que tiene que despedirse del público.)
(Al público.)
Están los pobres autores
esperando con afán,
que premieis sus sinsabores;
sed indulgentes, señores,
que ellos lo agradecerán.

FIN DEL JUGUETE

Precio: UNA peseta